



NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS

ADVERTENCIA

Habiéndonos ocurrido el asunto del cromograma y cuando no había tiempo para terminarlo el jueves, y no queriendo que perdiese a oportunidad, hemos demorado un día la salida del presente número.

RECUERDO GLORIOSO

Del hermoso libro del ilustre Alarcón, titulado Diario de un festigo de la Guerra de Africa, copiamos el incidente de la memorable batalla de los Castillejos que representa el cróno del número de hoy:

«Llega, en fin, el regimiento de Córdoba... El conde de Reus le manda soltar en tierra sus mochilas, deja un batallón en reserva, pónese á la cabeza del otro, y avanza á contener la avalancha de enemigos que amenaza sepultar bajo su mole los restos del regimiento del Príncipe.

¡Inútiles esfuerzos! ¿Qué son quinientos hombres más, cuando se trata de resistir á miles y miles de bestias feroces que se descuelgan de las cumbres de la montaña, y van y vienen, y se presentan por todos lados, y se refugian en laderas inaccesibles y saltan por entre la maleza como jabalíes acosados?

El batallón de Córdoba cedió también ante las huestes africanas sin serle dado a anzar una línea de terreno. —El que lo intentaba, moría... Los jefes y oficiales, puestos á la cabeza de sus tropas, pugnaban por arrastrarlas en pos de sí... Pero al primer paso caían atravesados por las balas enemigas, y su heroico denuedo servía solamente para demostrar más y más la inutilidad de la resistencia.

Yo vi á Prim en aquel supremo instante, pues me encontraba allí, en compañía del valeroso é inspirado Vallejo, con quien había subido desde el Morabito á fin de contemplar el campamento moro; y en verdad te digo, que tanto él como yo nos entusiasmamos mucho más con la sublime actitud del conde de Reus que con la vista de las tiendas africanas.

Es menester conocer á aquel hijo de la guerra, á aquel fiero catalán, á aquel ardiente soldado para imaginarlo en tan crítica situación. Estaba pálido y casi verdoso; sus ojos lanzaban rayos, su boca contraída dejaba escapar una especie de rugido, que lo mismo parecía un lamento que una histérica careajada. Hallábase al frente de los de Córdoba, delante de todos, con el caballo vuelto hacia ellos, con la espada desnuda, retorcido el musculoso cuerpo bajo el anchuroso uniforme, tranquilo y arrebatado á un mismo tiempo su corazón, como debe de estarlo el del hombre que va á atentar contra su vida.

Ya lo había apurado todo, arengas, amena-

zas, órdenes, palabras de camarada y de amigo. Por segunda vez había intentado aquella arremetida dificultosa, y por segunda vez el regimiento de Córdoba se había estrellado contra una bocanada de viento cuajado de mortífero plomo.

Y el enemigo avanzaba entre tanto... y las posiciones conquistadas á precio de tanta sangre española iban á quedar por suyas... Y el equipo de aquellos dos batallones caería en poder de los marroquíes... Y España sería vencida por vez primera en el africano continente.

«¡Oh! no: esto no podía ser: los leones de Castilla harán un esfuerzo desesperado: el corazón de nuestros valientes responderá al acento supremo del patriotismo.

El conde de Reus ve ondear ante sus ojos el estandarte de España, que conduce un abanderado de Córdoba. El semblante del general se ilumina con el fuego de una súbita inspiración. Lánzase sobre la bandera, cógela en sus manos, tremólala en torno suyo como si quisiese identificarse con ella, y rigiendo su caballo hácia las balas enemigas, y volviendo la cabeza á los batallones que deja atrás, exclama con tremebundo acento:

—¡Soldados! Vosotros podéis abandonar esas mochilas, porque son vuestras; pero no podéis abandonar esta bandera, porque es la de la patria. Yo voy á meterme con ella en las filas enemigas... ¿Permitiréis que el estandarte de España caiga en poder de los moros? ¿Dejaréis morir solo á vuestro general? Soldados... ¡V. va la reina!

Dice, y da espuelas á su caballo, y sin reparar en si va solo ó le sigue la infantería, cierra contra las huestes contrarias, con la bandera amarilla y roja desplegada al viento, suspendiendo por un instante la furia de los marroquíes, que contemplan asombrados tan grandiosa é impávida figura.

Los batallones de Córdoba no han sido sordos á aquella voz irresistible: ¡Viva nuestro general! grita vigorosamente y se avalanzan en pos suyo sobre los moros, y arrostran una muerte segura, y caen cadáveres sobre cadáveres, y siguen arremetiendo, y las bayonetas se cruzan con las gúntas, y mézclase la sangre infiel con la cristiana, y la victoria ciérnese indecisa sobre los revueltos combatientes.

Las cornetas siguen tocando ataque; los marroquíes asordan el espacio con sus gritos; el arma blanca y la de fuego juegan indistintamente; el humo se hace tan denso que no permite distinguir al amigo del adversario: pero la bandera española reluce siempre sobre la tormenta, y siempre en manos de nuestro afortunado caudillo. —Afortunado, ¡sí! ¡Las balas que silban y cruzan á su alrededor, que siembran la muerte por todos lados, que hieren á sus ayudantes, que alcanzan á su caballo, res-

petan la vida de aquel soldado vestido de general, de aquel que es el alma de la lucha, de aquel que sobresale entre todos y ostenta en su mano nuestra adorada y venerable enseña! —Diríase que está dotado de la virtud de Aquiles.

¡Ah! en momentos como este, ¿quién resiste, quién ha resistido nunca el ímpetu español? — Aunque tan superiores en número, los marroquíes, que habían empezado por detenerse ante aquellos mil hombres, resueltos todos a morir ó á vencer, concluyeron por aterrarse, por abandonarnos armas, cadáveres y prisioneros, por apelar á la fuga, y por desaparecer de nuevo en las fragosidades del monte.»

EL PROBLEMA DE MELILLA

LA MEJOR SOLUCIÓN

Me encanta el patriotismo irreflexivo; es la hermosa manifestación que de su dignidad hacen los pueblos que no se gobiernan y advierten el peligro cuando sienten el primer estacazo.

Ignoro si á los gobiernos se les puede exigir responsabilidades cuando no precaven los conflictos, y no me ocupo de esto, porque entiendo que á los poderosos sólo se les puede pedir dinero, porque es lo único que pueden dar... y bellotas, cuando es posible sacudirlos.

Cabe en lo posible que nuestro gobierno que no ha sabido precaver los sucesos de Melilla, no sepa tampoco precaver los peligros que nos amenacen; y como entre estos está la muerte de nuestros hermanos producida por las balas de los moros, ó por el cólera, me decidí ayer á buscar la mejor solución para nuestro actual problema.

Para conseguirla consulté al oráculo. Mi oráculo es cualquier hombre del pueblo que tenga limpia la conciencia y la camisa, y no viva á costa del presupuesto.

Llamé al maestrillo que remienda zapatos en el portal de mi casa, y le dije:

— Señor Deogracias, podemos salvar al país.

— ¿Cómo?

— Busque usted un medio de reventar á un pueblo, sin andar á tiros.

— Una epidemia.

— No sirve ninguna de las plagas de Egipto, porque al fin, los israelitas se libertaron.

— Pues, entonces...

— Busque usted; y el procedimiento que usted encuentre lo empleamos con los riffeños.

— ¡Caramba! vale la pena; pero no se me ocurre nada.

— Hace falta una desgracia que no tenga consuelo y que se produzca á mansalva; si es posible, con el apoyo de las leyes.

— Mucho pide usted,

EL MOTIN



Lt. Ronillo, fuentes. II. MADRID.

El general Prim en la batalla de los Castillejos.

— Poderlos exterminar de hambre sin hacer caso de sus lamentos; poco á poco; como gozándose de tal martirio.

— Eso ya me parece repugnante, señor Silverio.

— Pues eso es lo que hace falta. Encerrarlos en la cárcel con cualquier pretexto; y falsear las leyes para tenerlos presos hasta que se pudran en los calabozos.

— Pero eso es más infame y más traidor que el asesinato cometido por un anarquista.

— Pues eso quiero: un procedimiento hipócrita, para que nadie se atreva a llamarme canalla.

— Se me ocurre...

— Dí en seguida.

— Pues empiezo por declarar que en España no hay hombres tan infames y tan traidores.

— Convenido.

— Lo que ocurre es que hay una agrupación donde se ha hecho costumbre que la soberbia les cierre los oídos y no oigan los sanos consejos, y el orgullo impida toda acción honrada cuando es humilde.

— Basta de preámbulos.

— Pues bien; yo creo que debíamos dejar que los riffeños entrasen en Melilla, y después en la Península; y, siguiendo los fusionistas en el poder, estarían muy pronto los riffeños tan perdidos como lo estamos los españoles.

— No me parece mal. ¿Y si los riffeños se hacían fusionistas?

— Nos iríamos contentos á cualquier parte, porque ya sabíamos que el resto del planeta quedaba tranquilo.

SILVERIO LANZA.

EPISTOLA MORUNA

Carta que un moro del Riff manda á otro moro de Féz, primo hermano de un Shériff residente en Mequinez.

«Querido Sid-Ad Hassan; Tengo noticias de tí; sé que sigues por ahí tan guapote y tan barbián.

Aquí, cual siempre, sucede que andamos por estos cerros matando pícaros perros cristianos, cuando se puede.

El otro día tuvimos pelea y los derrotamos. ¡Si vieras cuánto gozamos y cómo nos divertimos!

Alá siempre nos protege si somos más que los malos; cuando no, á tiros y á palos nos dividen por el eje.

Aun así, en esta ocasión, que éramos dos mil por cien, hemos llevado también de leña nuestra ración.

¡Qué espantosa artillería, cómo el cañón resonaba, cómo nos acribillaba, cual la metralla llovía!

Lo que es yo, ni un altramuz por mi vida llegué á dar; no pensaba que á probar volvería el alcuzeuz.

La morada del santón está deshecha á ba azos, y la mezquita en pedazos es un confuso montón.

Juro sobre mi gumba que esto de la raya pasa. Si Alá no guarda su casa, ¿cómo ha de guardar la mía?

Estos lances, lances son que á uno le ponen de hocicos. Da un beso á tus treinta chicos: tuyo

BEN-SID EL-HUASSON.

ALIAH ES GRANDE

(CUENTO DE ACTUALIDAD)

Era el medio día. El muezin, desde lo más elevado de la mezquita, invitaba á los fieles á la oración meridiana: tendía sus brazos hacia Oriente, gesticulaba como un energúmeno, parecía, en fin, un sacristán católico engatusando beatos para una novena.

El Hajd - Ben - Sidi - Mustafá - Mohamed, etc, fervoroso creyente, dió de mano á sus tareas habituales y se encaminó á la mezquita más inmediata.

No distaba más que un par de leguas; y ¿qué son dos leguas comparadas con la distancia que hay de la tierra al cielo?

El, aunque viejo y curtido en los azares de la vida, retenía en toda su pureza la pristina fe musulmana. Apenas se comunicaba con los cristianos; á lo sumo les vendía algunas pieles mal curtidas, tal ó cual saco de garbanzos apolillados, ó algo de almendras imposibles á todo paladar cristiano ó fiel; casi nada.

De su trato comercial con los cristianos pudiera petirse lo que le dijo un *conciudadano de habila*, al notificarle que su mujer número cinco había lanzado fres presuntos islamitas: «¡Poca cosa!»

De fe era de lo que estaba bien provisto el mencionado Hajd. Llegó junto al templo santo; amarró su caballo á una argolla pendiente de una de las casas contiguas; después se quitó solemnemente las babuchas, las dejó arrimadas junto al cancel, y penetró en el templo.

Aquel día el santón, ó éase el cura de jaique y chilaba, estaba inspiradísimo.

Leyó tres ó cuatro *suras* ó versículos del Corán, en los que se recomendaba el exterminio de los infieles; después se engolfó en una larga disquisición histórica.

Según él, cuando los buenos mahometanos cumplían los preceptos religiosos, Dios los ayudaba é imponían su ley á los perros cristianos. Sus armas entraban triunfantes en Constantinopla, arrebatábanles repetidas veces el sepulcro de Cristo en Jerusalén; sus iglesias profanadas, decía el santón, por la presencia de imágenes de seres humanos, caían en poder de los suyos que las purificaban.

«Alah es grande y á él solo debe rendírsele culto! Dignificar á la criatura es ofender al Creador.»

En este tono prosiguió el buen santón rascándose la barba de cuando en cuando.

A todo esto Mustafá oía atento la plática de su párroco, digámoslo así.

Aunque traficante en habichuelas, había repasado de niño los mugrientos cuadernos de la historia patria; sabía que todo aquel pedazo de tierra que azotan al otro lado las aguas del Estrecho fué en otro tiempo musulmán. Porque, eso sí; no era tonto; lo mismo, si podía, le echaba un duro falso á un hijo del Profeta, que se lo soltaba á un hebreo ó á un cristiano. ¡Libertad de cultos ante la moneda falsa!

Pero voy al cuento (y ya es tiempo de que vuelva á él).

Cuando Mustafá salió de la mezquita, llena la cabeza de inverosímiles aventuras, soñando de pie-to con acometer, derribar y vencer cristianos; cuando pensaba volver vencedor de la campaña trayendo como trofeo doce cabezas enemigas, se encontraba... mejor dicho, no encuentra zapatillas que ponerse.

El brioso corcel que había de conducirlo á la victoria no parece por ninguna parte. ¿Y quién se va á la guerra á pie y en calcetines?

Busca por aquí, escudriña por allá, investiga por el otro lado... ¡quién! Las babuchas no parecían por ninguna parte ni el caballo tampoco.

En esto asomó por allí el sacerdote que, encarándose con el feligrés, le dijo:

—Mustafa ¿vas á la guerra?

—Ya lo creo que iré; pero no veo la tostada, ó sean las zapatillas y el caballo.

—¿Alah es grande?

—Sí; pero algunos de sus devotos son unos grandísimos... ladrones.

—Refrena tu lengua; Mustafá: no formes juicios temerarios de los demás creyentes. Recuerda lo que respecto á este punto dijo el ángel Gabriel al excelso Profeta... Pero ¿qué es eso? ¿No haces la *zalema* de costumbre cuando se invoca ese nombre venerado?

—Para zalemas estoy yo ahora; lo que me hace falta son las zapatillas y el caballo.

—Cálmate, impio. Nada sucede sin consentimiento de Alah. Estaría escrito que te habían de dejar á pie y descalzo. ¿Quién sabe si el que ha llevado tu cabalgadura es un caudillo suscitado por Dios para hacer ejemplar escarmiento en los infieles? Tal vez debas darte por muy satisfecho de esa pérdida. Y sobre todo, no discutas nunca la Provisión divina. Dios dispone siempre lo que mejor nos conviene. ¡Alah es grande!

—¿Y lo habrá convenido que se lleve mi caballo?

—Indudablemente. Estaba escrito.

De repente los ojos de Mustafá se animaron con un brillo de regocijo como si se le hubiera ocurrido una idea feliz.

—Si es así— dijo ceu aparente resignación— cúmplase la voluntad del Altísimo.

Y se despidió del sacerdote, quien penetró de nuevo en la mezquita. A pocos pasos de ella estaba la caballeriza del santón, siempre abierta, porque el carácter sagrado de su dueño la hacía inviolable. Penetró en ella Mustafá, y ensillando uno de los briosos alazanes que allí había, montó en él y se echó á la calle.

Cuando se había alejado algunos pasos, oyó la voz irritada del santón que le gritaba desde una ventana:

—Mustafá, Mustafá, ladrón Mustafá, deja mi caballo, ¿á dónde vas con él?

—A la guerra santa. ¿Quién sabe si Alah tenía cepto un genio de la guerra entre sacas de garbanzos?

—Pero mi caballo...

—Estaría escrito que se quedase usted sin él. Nada sucede sin consentimiento de Dios. Alah es grande.

Y escapó á galope tendido mientras el siervo del Señor se mesaba las barbas de coraje.

JOAQUIN G. LOSADA

POR LA FUERZA

En un rincón muy oscuro de una vergonzosa tasca, discuten, así á su modo, el Boquegas y el Badanas.

—Oye: ¿Qué hay de los moritos?

—Parece que nos la arman.

—¿Y que lo digas!

—Parece que hacen acopio de balas.

¿Pero es que aquí no hay talento ni *circunspección*, ni nada?

¿Por qué son así los moros?

Porque sólo beben agua

y no han probado en su vida

el caldo de las tinajas.

¡Así son ellos de ariscos,

así tienen esas mañas!

Tú dame un hombre con mosto,

verás que *legul* te habla

y no se anda con infundios

y echa por la boca el alma.

—¿Y que lo digas, *chipónks*!

—Y hasta te ofrece su casa,

y el dinero del bolsillo

y su mujer, si la gasta.

Bueno, pues iba diciendo,

¿por qué no se hace á esas *kibilas*

que se enjuaguen el gaznate

con peleón de la Mancha?

Como le tomen el gusto

se hacen amigos de España.

Que beban, y si es preciso

obligarlos con metralla.

—¡Ráquetebien! Pero escucha;

y no te ofenda, *Badanas*.

Si por falta de costumbre

con el tinto se emborrachan,

¿de dónde sale el dinero

para surtirlos de camas?

RETRATOS

DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACIÓN

Ruiz Zorrilla, Pí y Margall, Salmerón, Castelar, marqués de Santa Marta, Villacampa, Figuerola, Carvajal, Cebrián y los sargentos fusilados en Santo Domingo de la Calzada, Azcárate, Ferrándiz, Vellés, Mangado, Pedregal, Muro, Orense, Labra, Valles y Ribot, Guerrero, Cervera, Sixto Cámara, Moreno Barcia, Esquerdo, Prieto y Caules, Pérez Costales, Chies, Deínótilo, Garrido, La Hoz, Baselga, Ginnard de la Rosa, Palanca, Ilano y Parsi, Ballesteros, Asensio Vega, Figueras y Blasco Grajales.

Véndense á peseta. Para los suscriptores, á sesenta céntimos.

OBRAS NUEVAS

Geneveva, por Alfonso Karr. —1,50 pesetas.

El Comendador de Malta, por Eugenio Sile. —2 plus.

Adolfo, por Benjamín Constant. —50 céntimos.

La nariz de un notario, por Elmundo Abot. —50 céntimos.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.